



## REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Supremo, 2 rs. al mes en toda España; franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 40.

DIRECTORA.  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Barro del Campillo, núm. 15.

## ADVERTENCIA.

Como habrán visto nuestros suscritores, con los números últimos que han recibido, les hemos enviado tambien sus respectivas liquidaciones.

Casi todos han correspondido á nuestros deseos abonando sus atrasos, y por ello les damos las mas expresivas gracias; pero como algunos no lo han hecho aun, no por falta de voluntad sin duda, sino por no haber, quizá, oficinas del Giro mútuo en el punto donde residen, les advertimos que pueden efectuar el pago, mandándolo en sellos de franqueo, pues esto es fácil en todas partes.

### SUMARIO:

**La Probidad**, por Don Rafael Luna.—**Á la Virgen del Pilar de Zaragoza**, poesia por la ciega de Manzanares.—**Solo un Dios y solo un culto**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La primera cana**, poesia por Don M. Curros Irujo.—**El Devocionario**, (leyenda).—**Variedades**.

## LA PROBITAD.

(Conclusion.)

—Cuando yo digo que te desconozco y que filosofas de un modo enteramente ageno á tu modo de ser.

—Muchas gracias por el gran concepto que me merezco.

—Vamos, no te incomodes y cuéntame tu historia.

—Sí, es el único medio de que nos entendamos.

Y principio á decir seguidamente:

«Ayer, y recostado en la esquina de una de las calles mas céntricas de la poblacion, miraba pasar ante mi vista todo un mundo de animados seres.

Damas elegantísimas luciendo ricos y variados trajes; muchachas del pueblo con sencillo y gracioso atavío; militares de distintas graduaciones con sus galones, cruces y estrellas; estudiantes de capa terciada; sombrero inclinado y aire resuelto y atrevido; respetables ciudadanos cuidadosamente envueltos en sus capotes rusos guarnecidos de pieles; lavanderas y soldados; trabajadores y artistas; elegantes ginetes y lujosos carruajes, en fin, todo ese confuso remolino que invade las calles de Madrid despues de la puesta del sol, y que en la Ancha de San Bernardo tiene sus matices peculiares, gracias á la proximidad de la Universidad, del rio y de los cuarteles de San Gil y la Montaña.



Yo miraba todo esto con completa indiferencia.

Ya hacia mas de diez minutos que permanecía allí á pié firme y embozado en mi capa, porque el frio iba arreciando, cuando al volverme maquinalmente para tirar la punta del cigarro, reparé en un pobre mozo de cordel, que, llevando en el hombro las insignias de su cargo, y apoyado en la esquina, á dos pasos de mí, se hallaba entregado al mayor dolor y abatimiento, segun me revelaba la expresion de su honrado semblante.

No sé por qué me conmovió el aspecto de aquel hombre, y le miré con interés, no dudando que la falta de recursos tuviera mucha parte en la pena que le afligia, pues noté que, sobre ir muy pobremente vestido, tenia la mirada apagada y el rostro escualido, cual si se hallara sujeto á dolorosas privaciones.

Tambien él miraba ansioso la multitud que yo contemplaba indiferente, cual si esperara de ella algo que yo no adivinaba qué pudiera ser; sin que los ricos uniformes, los lujosos trenes, la expresion rolliza y satisfecha de algunos individuos, cuyo Dios debe ser su estómago, segun nos indican su prominente abdómen y rojiza faz, inspiraran al pobre mozo, que quizá se hallara en ayunas, el menor movimiento ó gesto de impaciencia ó envidia.

Su dolor era resignado, y la expresion de sus ojos, aunque amarga, exprimía antes el sufrimiento que la cólera.

De pronto ví que sus facciones acentuaban mas la angustia que las revestia, y que de sus ojos, que se fijaban con dolor en un punto determinado, descendia lentamente una lágrima.

Seguí la direccion de su mirada, y ví que tenia por norte otro mozo de cordel, que, cargado con un pesado fardo, se dirigia á la calle de los Reyes, en ruta, sin duda, de la estacion del Norte.

Esto me reveló la verdadera causa de la pena de aquel hombre, que miraba indiferente el lujo de los unos, la riqueza de los otros, el aspecto satisfecho y descansado de aquellos, y que sentia derretida su alma de dolor al ver á un compañero que, mas feliz que él, halló quien le ocupara, dándole á ganar una peseta, para llevar que cenar á su familia, en tanto que él veia venir la noche, y con ella la negra perspectiva de volverse á su casa con los bolsillos vacíos!

Todo esto que yo creia leer en el semblante de aquel pobre hombre, que habia concluido por absorber completamente mi atencion, haciéndome olvidar la causa que allí me tenia, me hizo concebir el deseo de socorrerle, sin humillarle, y

sin que él conociera que habia adivinado su triste situacion.

Yo no soy muy observador que digamos, ni me precio de moralista; pero, la verdad, dar limosna al que no la pide, cuando puede socorrérsele de otro modo mas delicado, lo creo, antes que caridad, insulto.

Separéme unos cuantos pasos de aquel sitio, seguro de que el mozo de cordel, abismado en su dolor, no habria reparado en mí, y acercándome de nuevo, le dije:

—Mozo, ¿quieres venir conmigo á la calle del Barquillo á buscar un bulto?

—Al momento, señorito.

Y se incorporó vivamente, dilatándose un tanto sus contraidas facciones.

Eché á andar delante de él por la calle del Pez arriba, pensando qué cargo podria darle que me permitiera recompensarle con alguna amplitud, y acordándome de tu buena amistad, por mas que tengas derecho á reprocharme por lo poco que la cultivo, proyecté encargarle que trajera á tu casa mi baul-mundo, que precisamente esta mañana me habia entretenido en arreglar, y contra mi costumbre, lo tenia en orden y cerrado.

Subimos á mi cuarto, señaléle el bulto, y volvimos á bajar; él, cual si el mundo estuviera lleno de aire, con tal desembarazo lo manejaba, y de tal modo multiplicaba sus fuerzas la grata esperanza de ganar la cena para su familia; y yo, entregado á un pensamiento, un si es no es diabólico.

¿Por qué me preguntaba á mi mismo, este pobre hombre, muerto de hambre y cubierto de harapos, no cogerá la primer boca-calle y desaparecerá con mi mundo, que, si no del todo, podria remediar en parte su miseria?

Y aguijoneado por este pensamiento, apretaba el paso, deseando que el mozo me perdiera de vista y cayera en la mala tentacion que yo queria inspirarle, no habiéndole dicho de propio intento á dónde me dirigia.

Pero el mozo, sin pensar acaso una sola vez en aquella mala tentacion, no cuidaba mas que de seguirme, sin hacerme la mas mínima observacion sobre lo rápido y desigual de mi marcha.

Renunciando á conseguir mi intento y admirando, quizá por la primera vez de mi vida, la acrisolada honradez de esas pobres gentes, que por una peseta llevan fielmente sobre sus hombros, quizá cuantiosos intereses, llegamos aquí, donde, como has visto, ese buen hombre ha creído ampliamente recompensando su trabajo con los veinte reales que le he dado, y con los que se habrá apresurado á socorrer las primeras ne-



residencias de su casa, sin pensar siquiera que si el trabajo que me ha prestado está tasado en una peseta, según tarifa, no hay valores en el mundo con qué recompensar su probidad.

Rafael Luna.

### A LA VIRGEN DEL PILAR DE ZARAGOZA.

A los piés, Madre mía,  
de tus altares  
llega humilde la ciega  
de Manzanares:  
ciega y postrada,  
tu grandeza presiente,  
mas no ve nada.

No veo de tu templo  
las anchas naves,  
tu bendita capilla,  
tus frescos suaves.  
En mi amargura  
no alcanzo á ver, Señora,  
tu imagen pura.

Sepulta noche eterna  
mi vida en llanto,  
y hoy á tus piés rendida  
gozosa canto;  
que en mi deseo  
con los ojos del alma  
todo lo veo.

Yo siento en mi entusiasmo  
regocijada,  
la inmensa concurrencia  
tan animada,  
que cada día  
á tu templo se acoge,  
Virgen María.

Yo escucho como laten  
los corazones  
al dirigirte todos  
sus oraciones.  
¡Qué dulce encanto  
es oír cómo besan  
tu Pilar Santo!

Riega constantemente  
tu escalinata  
una lluvia dulcísima  
de cobre y plata.  
Yo, Madre mía,  
solo puedo ofrecerte  
mi poesía.

Yo de remotas tierras  
aquí he venido;  
á cumplirte, Señora,  
lo prometido;  
y en dulce calma,  
un suspiro te dejo  
con toda el alma.

Préstame, Madre mía,  
gracia y aliento,  
para que siempre cante  
con dulce acento  
gratas memorias,  
mis penas y tristezas  
y á mas tus glorias.

Libra á tus nobles hijos  
de peste y guerra,  
y torna en paraíso  
su fértil tierra;  
pues tú, Señora,  
eres de todo el reino  
la protectora.

Adios, Virgen bendita,  
Reina del Cielo;  
de los zaragozanos  
gloria y consuelo;  
que á tus altares  
pueda volver la ciega  
de Manzanares.

La ciega de Manzanares.

### SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

Yo juzgaba á Consuelo muerta, y mi viaje se asemejaba mucho á una fuga.

Alicia habia sufrido una conmoción terrible: su estado lo manifestaba. ¿Por qué? aun lo ignoro; ¿habia sabido mi entrevista con otra mujer? ¿habia adivinado quién era? ¿tendría á alguno de los criados comprados para que siguiera mis pasos? tal vez sí: ello es que desde aquel día se empeoró de un modo notable, y cuando llegamos á Londres su estado era verdaderamente alarmante.

En vano la preguntaba, en vano queria saber la causa de su abatimiento.

Ella nada me decia: por orgullo ó por retraimiento callaba y sufría sin murmurar.

Cuando conoció que su muerte se acercaba, quiso hacer sus últimas disposiciones, y yo accedí á su deseo.

Legó su fortuna á Fanni, haciéndome á mí su tutor.

Pocas horas antes de morir me llamó junto á su lecho, y me recomendó la dicha de su hija.

—Te he nombrado su tutor, me dijo, porque nadie sospeche nunca que no eras digno de mí; cualquier mancha que cayese en tu nombre, caería sobre mi hija también, y la nobleza inglesa, que es inflexible en puntos de honor, lo sería.



tambien para esa niña que es inocente. Hazla feliz, muy feliz! recuerda que mi herencia la pertenece; ¡que no llore nunca á su madre muerta! ¡que no lamente nunca su pérdida! á este precio muero perdonándote, aunque deplorando mi error.

Nada pude contestarle: no lo permitió, y pocas horas despues ya no existia.

Héctor guardó silencio por algunos instantes, conmovido por aquel recuerdo, luego continuó:

—El tiempo que duró mi viaje y la enfermedad de Alicia, Williams fué el encargado de entender en todos mis negocios.

Él, escudado con mi nombre y con mi caudal, se habia metido en empresas arriesgadas, que le produjeron una ganancia inmensa.

Su ejemplo me sedujo, y á mi vez quise probar suerte, y hacer que mi riqueza produjese mayores riquezas aun.

Aquel hombre, que habia sido siempre mi sombra, se asoció á mi pensamiento, y quiso ayudarme en él. Como ya por su parte poseia los medios necesarios para vivir, segun sus aspiraciones, como además, en el tiempo que estuvo encargado de mis negocios se habia portado con honradéz, creí por primera vez, despues de tantos años, que me hablaba con lealtad y admití su ofrecimiento.

Él se mostró activo y entendido durante mucho tiempo, y con una paciencia sin igual trabajó hasta conseguir su objeto.

Ganó por completo mi confianza, y prosperamos unidos.

En nuestra casa de banca se depositaron sumas considerables, y los mas nobles y ricos señores de Inglaterra nos dieron á manejar sus fortunas con entera seguridad.

Pero Williams habia sido siempre un infame y no podia dejar de serlo.

Un dia amaneció mi caja casi vacía, y solo encontré en ella una carta de aquel hombre y á su lado algunos billetes de banco. En la carta me decia que cansado de trabajar iba á disfrutar lejos aquella fortuna, á la cual tenia tanto derecho como yo, puesto que por él la habia adquirido. Añadia que aquellos valores que me dejaba eran las cantidades halladas en la cartera de Julio, que él habia hecho efectivas en mi nombre.

El espanto y el furor se apoderaron de mí. Me iba á ver perdido, arruinado y envuelto quizá en la deshonor, porque al tratar de hacer pública la infamia de Williams, público, quizá, se haria tambien el pasado, y yo apareceria como un criminal miserable, acusado acaso de asesinato y

robo, puesto que los billetes de Julio habian sido cobrados en mi nombre.

Callé anonadado y sin saber qué partido adoptar.

Él fracaso de mi fortuna era aun ignorado de todos.

Lord Dervil se presentó aquel dia en mi casa: venia á depositar un inmenso caudal.

Una esperanza insensata se apoderó de mí; pensé que con aquel dinero podria hacer frente á los compromisos del momento, y trabajar con anhelo para rehabilitar mi fortuna.

Acepté aquel depósito y engañé á aquel hombre que me confiaba su porvenir.

—¡Dios mio! murmuró Elena que empezaba á comprender; ¡Dios mio!

—Durante algun tiempo he luchado valerosamente; he defendido palmo á palmo el terreno á la ruina y al deshonor, y he conseguido mucho, te lo juro.

—Entonces...?

—Pero ahora.... lord Dervil, que empieza á ser anciano, quiere antes de morir ver perpetuado su nombre.

—Ah!

—Es mi amigo; tiene gran confianza en mi probidad, y antes de venir yo á España,—Amigo mio, me dijo: vuestra hija está enlazada á la mas alta nobleza de Inglaterra por parte de su madre. Mi hijo es un jóven digno y rico, y podiamos casarlos. Entonces vos seguiriais manejando mi caudal y aumentándolo para ellos. Para esto es preciso, ante todo, que los dos se amen, pues mi primer deseo es que Ricardo sea feliz. De lo contrario, le obligaré á volver á Lóndres, tomará esposa, y le entregaré los fondos que existen en vuestra casa el dia que tome estado, que ha de ser pronto, muy pronto.

—Y V. qué respondió?

—Yo he visto mi única salvacion en ese enlace, y al llegar á Madrid he presentado á Ricardo á Fanni, y he dicho á ésta que tratase de agradarle.

—Y ella, ya lo sé! ella ha seguido esa indicacion; se ha mostrado á Dervil radiante de hermosura, de juventud, de galas; y al querer interesarle, ha sentido que su propio corazon tomaba parte en tal empeño.

—Cómo sabes...?

—Olvida V. que antes de sospechar que éramos hermanas, éramos amigas, amigas íntimas?

—Tienes razon! y ella te ha dicho....?

—Que empezaba á sentirse arrastrada hácia Ricardo, que veia en él su ventura.

—Y él...?

—Tambien habia leído en sus ojos un relámpago de pasion.



—Entonces se amarán los dos, no hay duda, exclamó Héctor con alegría.

—¡Quién sabe! murmuró la joven, viendo con inmensa pena aquel mal contenido júbilo.

—Cómo!

—Ricardo Dervil hace tiempo que fijó en mí sus miradas.

—Sigue.

—Y yo pobre niña, sin porvenir, sin nombre casi, sin bienes, ví en aquel hombre mi dicha futura y le entregué todo mi corazón!

—Ah!

—Por mucho tiempo este primer amor de mi alma ha sido un secreto para todos. Yo no sabía que Ricardo era noble, ni rico, ni de un elevado nacimiento: yo no consulté para quererle, eso que en el mundo se llama conveniencia, no tenía que ofrecerle mas que mi virtud, mi inocencia, el perfume primero de mi corazón, y no debía exigir en cambio de todo esto mas que cariño, lealtad y protección, porque no tenía en el mundo mas amparo que un anciano casi tan desvalido como yo.

Héctor, subyugado por el acento impregnado de sentimiento de Elena, la escuchaba con afán, olvidándolo todo; todo menos el cariño que le inspiraba aquella niña abandonada hasta entonces, hasta entonces desgraciada, y cuya suerte empezaba á interesar su corazón de un modo infinito y poderoso.

Arrastrado por la influencia de aquella voz empapada en lágrimas, tomó interés en su relato, y en aquel instante sentía los tormentos de su hija, gozaba con sus esperanzas y lloraba con sus lágrimas.

—Sigue, sigue, continuó fijando la mirada en su pálida y hermosa frente, y absorbiendo las frases que se escapaban de sus labios.

—Creía y esperaba en el amor de aquel hombre, hasta el día en que por primera vez le ví al lado de otra mas bella, mas deslumbradora que yo, y tuve celos; ¡ay! los celos son un veneno para el alma, un torcedor para el corazón. La duda es terrible y yo anhelaba salir de la duda: solo esperaba para ello ver al hombre de mi amor colocado entre la mujer que le deslumbra y yo, y anoche le ví!

—Y qué?

—Y comprendí que podía luchar con ella, que podía vencerla en esa lucha, porque la adormecida pasión de Ricardo despertaba violenta y grande enardecida por los celos.

—Oh, con que te ama! con que puedes ser feliz! exclamó el banquero pensando solo en la ventura de aquella hija.

—Que puedo ser feliz! ¡ay de mí! cuando tengo

que renunciar á la dicha, ó ver perdido y deshonrado á mi padre!

Héctor lanzó un gemido.

Aquella palabra le volvía á la realidad, aquella frase le recordaba su desgracia.

Ocultó la frente entre las manos, y una lágrima de fuego brotó de sus pupilas.

Lágrima nacida del fondo del alma con la cual lamentaba el infortunio de su suerte que así le obligaba á ver infeliz á una de aquellas dos hijas a quien tanto amaba.

Pero á cual? á cual?

¿Á la que rodeada de ventura y placeres no había visto hasta entonces una sola gota de llanto abrasar sus mejillas? á la que abandonada por él, había probado todas los dolores de la miseria y el desamparo?

¿Á la hija de Alicia, á quien debía su fortuna, y que le había recomendado al morir la dicha de aquella niña?

¿Á la hija de Consuelo, cuya vida había él amargado, y á quien se presentaba como padre, solo para exigirle, sin derecho alguno, el sacrificio de su corazón?

Héctor no podía resolver aquel problema, y por primera vez de su vida se sentía débil, y comprendía que tenía corazón.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuará).

## LA PRIMERA CANA.

Ya se mostró en mi sien la mensajera  
De la vejez sin brío,  
¡No la puedo mirar!.... ¡Por vez primera  
Me estremezco de frío!  
Acaso es de mi tumba inexperada  
La evocación inerte,  
Blanca como la nieve congelada,  
Mústia como la muerte.  
¡Ay! cuán pronto cedió á la noche oscura  
La clara luz del día!  
Cuán pronto se extinguió la llama pura  
De un sol que ayer lucía!  
¡Qué en breve perecieron desmayados,  
Cual sombras mortuorias,  
Mis sueños de esperanza, coronados  
De triunfos y de glorias!  
Perdieron ya los ríos sonoros  
Sus linfas azuladas,  
Su verdura los árboles frondosos,  
Su luz las alboradas;  
Perdieron ya las nubes sus suaves  
Tintas y resplandores,



Su rosicler los cielos, y las aves  
 Sus plumas de colores.  
 Ya no alumbrase ese fuego que engalana  
 Al orbe y le matiza....  
 ¡Todo es pálido ya como esta cana!  
 ¡Todo como ceniza!

.....

Yo, que tuve al olvido relegados  
 La muerte y sus afanes,  
 ¿Qué quise hallar eterno donde, helados,  
 Se apagan los volcanes?...  
 ¿Dónde irán ya mis ojos que no vean  
 Escombros y ruinas?  
 ¿Qué tocarán mis manos que no sean  
 Creaciones mortecinas?  
 ¡Oh! ¡Cuán honda es la pena y desventura  
 De un corazón ardiente,  
 Condenado á llevar ¡ay! prematura  
 La vejez en la frente!

Venid, venid, los que creísteis vana  
 Mi infinita tristeza,  
 Venir á ver esta primera cana  
 Que abate mi cabeza;  
 Y antes de que dudeis de la amargura  
 Que rebosa mi lira,  
 Decid si de esta cana la blancura  
 Es verdad ó mentira!

¡Ay! Mas que el seco hastío y los rigores  
 Que traen en pos los años,  
 Envejecen del alma los dolores,  
 Matan los desengaños.  
 Que como el ave que á otros climas huye  
 Del invierno esquivando la crudeza,  
 Así la juventud pasa y concluye.  
 Cuando el dolor á combatirla empieza.

M. Curros y Enriquez.

## EL DEVOCIONARIO.

(CONTINUACION).

»Pido perdón á Vds. si doy demasiada latitud á mis recuerdos de felicidad; ¡se agolpan á mi mente con tan grande encanto!... ¡Es tan amargo el resto de mi relato!...

»Al fin llegó el día de nuestra separación; nos habíamos sentado para desayunarnos; pero ni Mary ni yo pudimos acabar nuestra taza de té; sentimos que se acercaba la hora fatal, y no osábamos mirarnos con el objeto de no perder nuestro valor. De vez en cuando mi tío interrumpía nuestro silencio con algunas palabras indiferentes, cuyo ruido nos afectaba penosamente.

»De pronto el reloj tocó las nueve, y se repitieron en mi seno con horribles palpitaciones. Nos levantamos; parecia que un acontecimiento fatal é inesperado destruía toda la felicidad de mi vida; mis acciones se ejecutaban maquinalmente, y en esta terrible situación ví á aquella familia que subía en el carruaje, llevándose mi mejor, mi mas grata esperanza.

»Sir William me dió noticias de su llegada á Sevilla, y por espacio de un año me estuvo participando nuevas acerca de su familia; despues cesó de escribirme, y este silencio me produjo una inquietud mortal. Fui á casa de su banquero y me dijeron los dependientes que éste se habia fugado á Holanda á consecuencia de una quiebra, y sin haber dejado nada á sus acreedores. Tampoco yo entonces me hallaba en el estado mas floreciente, pues el periódico en que escribía habia dejado de publicarse, y pasé muchos meses en medio de la mayor angustia; pero en fin, resolví venir á España y dirigirme á Sevilla, aunque me fuese necesario para ello pedir limosna por el camino, cual otro Galdsmith.

»Con efecto, ya me hallaba dispuesto para partir, cuando recibí la noticia de que el tercer hermano de mi padre acababa de fallecer en Bengala, dejando sumas considerables, cuyos únicos herederos éramos mi tío sir William y yo.

»Al instante alquilé un carruaje y partí en posta, decidido á no detenerme hasta ver de nuevo á aquellas personas cuya ausencia no podia soportar, y darles tan grata nueva.

»Nunca habia viajado y me creia trasportado á un nuevo mundo; pensaba ver la felicidad en todos los semblantes, y presumia tenerla pura siempre en el fondo de mi corazón: cuando divisaba un punto de vista agradable, alguna casa campestre de risueña apariencia, formaba el proyecto de establecerme allí con Mary, y me creia cercado de todos los goces que puede suministrar una grande fortuna, cuando se emplea en colmar los deseos de la persona á quien se ama. ¡Cuántas veces, especialmente durante la noche, me sentia sobrecogido por vagas inquietudes! pero salía el sol, y al ver la serenidad de la naturaleza, volvía á recobrar mi antigua calma.

»En fin, unas veces por tierra y otras embarcado, llegué al término de mi viaje, y me apresuré á indagar dónde estaba la morada de mi tío. Se habia mudado muchas veces y perdí enteramente sus huellas.... ¡Oh! ¡Qué amarga llegó á serme la felicidad que habia concebido en mis sueños de gloria! ¡La confianza que tanto



me habia embriagado se convirtió bien pronto en pesares tormentosos! Rumores inciertos, siniestras nuevas, cuyo recuerdo me turban todavía, fué lo único que pude adquirir. Sin embargo, me pareció lo mas razonable dirigirme hacia Madrid y con el auxilio de nuestro embajador buscar por toda España á mis parientes ó averiguar el punto donde se hubiesen retirado; volví á partir al instante; recorrí de nuevo el mismo camino, pero ¡ay! con qué diferentes sensaciones. Volví á ver sucesivamente las pintorescas casas de campo de aquel cielo puro y benigno de Andalucía, los hermosos y pintorescos paisajes que tanto admiré, recordé los sueños deliciosos que nacieron en mi alma, y me arrinconé desesperado en el fondo de mi carruaje.

Después de haber hecho en Madrid inútiles indagaciones, concluí por caer enfermo de *mal de corazón*. V. mi querido doctor, pasó á prestarme sus cuidados, y siguiendo los consejos de V. me entregué enteramente al estudio para distraerme.—Esta es mi historia, señores.»

## II.

El lector habrá quedado un tanto admirado si notó la semejanza que hasta cierto punto tenían los versos que recité con los de los de sir Arturo; mas esta semejanza era muy natural, pues la casualidad me habia hecho poseedor del devocionario sobre el cual habia escrito los suyos el inglés. Recorriendo los puestos de libros viejos me encontré con este librito, cuya elegante encuadernacion me sedujo, y más todavía el lindo madrigal que aparecia en la portada, escrito al parecer por una mano temblorosa. Los versos en cuestion, no eran más que una sencilla imitacion de aquellos. No quise decir nada á sir Arturo respecto á este singular hallazgo, temiendo hacerle concebir esperanzas tal vez engañadoras; pero me ausenté á los pocos instantes, fui á mi casa, saqué el devocionario de mi estante, y al día siguiente corrí al librero que me le habia vendido, y le rogué me dijese á quién se lo habia comprado.

—Hace algunos dias, me respondió, que una jóven inglesa que vivia en mi casa me trajo llorando este devocionario, y viéndola tan acongojada le dí por él el doble de su valor.

—¿Dónde está situada la casa?

—Calle de la Gorguera, núm. 12.

Estas señas me hicieron el efecto de una importantísima revelacion, y aun me admiré de no haber pensado mas pronto en la persona que me indicaban. Era una jóven inglesa que muchas semanas antes habia solicitado hablar con el mi-

nistro para obtener un socorro. Según la costumbre iba á ser negada su solicitud, pero estaba yo presente y me habia conmovido su timidez, el embarazo en que se hallaba al expresarse en español ininteligible, y la alegría que experimentó cuando supo que yo conocia el inglés. La acogí bajo mi proteccion y contribuí á que la dieran algunos socorros. Poco tiempo después habia vuelto, me habia hablado de nuevo de sus desgracias, de su madre enferma, de lo imposibilitadas que se hallaban por falta de recursos para volver á su país; pero el ministerio habia cambiado, y no pude tener con el nuevo ministro la suficiente influencia para que la volviesen á socorrer.

Además quiero confesarlo, me dejé guiar por las palabras de uno de los porteros que decia á cada instante: «La conozco muy bien; es una pretendiente de profesion, una holgazana que no quiere trabajar.» Me escusaba cuando preguntaba por mí, y hasta hubo momentos en que me reconvine de haber hallado buenas maneras en una mujer que ejercia semejante oficio. No obstante la calle de la Gorguera destruye todas mis ideas; allí habitaba mi inglesa, y al punto que nombraron esta calle, me acordé de la interesante palidez de la jóven, de la limpieza y arreglo de su pobre tocado, de las lágrimas que silenciosamente corrían por sus mejillas y de la penetrante y profunda expresion de su voz. Pensaba al mismo tiempo en la tristeza del desgraciado Arturo, que se dejaba morir de desesperacion, y que yo iba á volverle la vida; grande fué mi impaciencia cuando llegué al parage indicado. Me dirigí á una mujer que hallé en la puerta y con el corazón lleno de placer, la pregunté:

—¿En qué cuarto de esta casa habitan dos inglesas?

—¿Qué inglesas? Aqui no vive ninguna inglesa.

—Sí señora, una pobre enferma que tiene una hija, pálida, delgada.

—¡Aaah! sí; ya sé quien V. dice. Gracias á Dios ya no viven aquí. Si daba compasion mirarlas á la cara; ni un mueble habia en su cuarto, y en muchas ocasiones he tenido que darles de mi comida. De esa clase de señoritas hay muchas en Madrid.

—¿Pero sabe V. dónde se ha mudado?

—No señor, que Dios las ayude.

Yo estaba confundido, inmóvil.

—No se apresadumbre V. por eso; V. encontrará por ahí otras parecidas; no falta de esa gente en Madrid.

Me fué preciso contenerme al escuchar seme-



jante respuesta y volví á mi casa desesperado: me acosté furioso y convencido que no había Providencia.

Poco á poco, sin embargo, mi desesperacion se fué dulcificando, y antes de quedarme dormido, ya casi me había consolado, persuadiéndome que esta jóven no sería la prima de sir Arturo.

Á la mañana siguiente fuí á su casa para asegurarme de la verdad.

—¿Cómo está V. amigo mio? me dijo apretándome la mano y con la triste sonrisa que tenía de costumbre asomar en sus labios.

—He dormido muy mal; estaba afectado con la relacion de sus desgracias, y toda la noche no he hecho mas que pensar en V. y en su prima. He creído verla muchas veces; estaba pálida, con los cabellos rubios y los ojos negros.

Arturo cogió mi mano y la apretó lleno de emoción.

—¿Qué dice V. de cabellos rubios y ojos negros? ¿Yo no he hablado de eso!

—¡Ay amigo mio! si así no fuera, cómo podría yo saberlo?

—Es verdad, dijo dejando caer sus brazos con aspecto desalentado.

Ya estaba seguro de esta circunstancia, y resolví emplear mi tiempo en nuevas indagaciones. Me dirigí al gobierno político; busque la seccion de policia, el negociado de extranjeros; pero todas mis preguntas fueron en vano; inútil todo mi trabajo.

Una mañana, á los pocos días, sentí llamar á la puerta de mi oficina, abrí y se me presentó la jóven inglesa que tanto deseaba encontrar. Me levanté bruscamente, y este movimiento mio, llenó de sorpresa á la jóven.

—¡Ah! le dije al instante olvidando que no entendía el español. Dígame V. ¿cómo está su madre de V.?... ¿Dónde vive V. ahora?... ¿Qué viene V. á decirme?

—Perdone V., caballero, si he vuelto á incomodarle; pero mi madre es muy desgraciada.

—Hija mia, consuélase V., yo espero que muy pronto tendrán término sus padecimientos.

(Continuare).

## VARIETADES.

### UN EPISODIO DE LA ROMERÍA ESPAÑOLA.

(Conclusion).

Volvíme como si una víbora me hubiese mordido. Era la voz de la noche anterior.

Allí estaba, en efecto el pequeño peregrino, encara-

mado en su asiento; allí estaba con su lanzadita azul y colorada en el ojal de su chaqueta, de cuyo gracioso lazo pendía la medalla de Lourdes.

Era él sin duda, el peregrinito de Lourdes, el hombrequito que me había dado mala noche. No sé lo que le dijeron mis ojos; pero es lo cierto que no continuó su canto, sino que hizo ademán de esconder una sonrisa maliciosilla detrás de una señora, cuya fisonomía manifestaba bien que había de ser su madre.

Toméle del brazo, sin que hiciese resistencia; concluyóse el himno; hízome tomar el asiento que él ocupaba sentóse despues de hacerse rogar mucho sobre mis rodillas, y fuimos amigos.

Todo esto y las primeras explicaciones fueron en griego para su madre, que no estaba en antecedentes.

Cuando llegó á entender de lo que se trataba, quiso reñirle, pero no se lo permití.

—Señora, le dije, ¿quería V. que su hijo revelase un secreto á un desconocido?

—Pero si no hay tal secreto, va á Roma....

Joaquinito la detuvo con un gesto diciéndole al mismo tiempo:

—No, mamá, quiero decírselo yo.

Y acercando sus labios hasta pegarlos á mi oído, me dijo recalcando cada una de sus palabras:

—Voy á hacer la primera Comunión en el Vaticano.

Miróme despues con un monísimo gesto como queriendo decir: «¿Ve V. si tenía razon?» No pude menos de estrecharle contra mi pecho y felicitar cordialmente al hijo y á la madre por una idea que en mi concepto solo podía ocurrir á una madre, y á una madre profundamente religiosa.

Desde entonces una de mis predilectas ocupaciones era hablar á Joaquinito de la primera Comunión; su inteligencia estaba bien preparada, y me atrevo á decir que su corazón no lo estaba menos.

Uno de los últimos días de nuestra permanencia en Roma encontré á mi amiguito más alegre que nunca.

—¿Has hecho ya la primera Comunión?

—Sí, señor, la primera en el Vaticano, y la segunda en Loreto.

—¿Y has visto á Pio IX?

—Sí, señor.

—¿Le has besado el pié? continué sonriendo y recordando otro diálogo semejante.

—El pié, no señor; pero le he besado la mano, y he depositado en ella una limosna.

—¿Y le has hablado?

—Esto no, señor; pero me ha hablado él.

—¿Y te ha dicho?

—*Piccolo peregrino.*

—Pues así quiero llamarte yo.

En el viaje de vuelta, todos los que le conocían le llamaban á bordo el *Piccolo peregrino*.

¡Bendito niño que tantos y tan dulces recuerdos tendrás de la Romería española! Tal vez no te vea más en mi vida; pero donde quiera que te halles no dejes de rogar por mi humilde persona, como promete hacerlo todos los días por tí ese tu comperegrino.

*Revista de los purísimos Corazones.*

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.